
LA SUPERACIÓN DEL DUALISMO

ANDRÉS MOYA

METAFÍSICA EVOLUTIVA

¿Qué nos dice la evolución sobre la posible aparición de las categorías superiores del pensamiento? Mucho, pues se puede describir, con explicación variada, el proceso que lleva desde los albores de la vida a la individualización o reconocimiento propio de nuestro ser único. Tenemos buenas razones genéticas para poder decir que somos distintos entre nosotros. Pero, por otro lado, también disponemos de buenas razones para suponer que aproximadamente podemos pensar las cosas de igual manera, partiendo para ello del principio de homología. A saber, cuando aparece una característica genética, se hereda en los descendientes. Del mismo modo deberíamos considerar el proceso evolutivo hasta dar con el ser humano. No es trivial decir que el proceso evolutivo, aunque no dirigido, arborescente, tiene un linaje que se ha caracterizado por una continua cerebralización hasta dar con individuos conscientes. De alguna forma, los individuos pertenecientes a una especie se reconocen como tales. Son indiferentes o competidores, o parásitos, o depredadores de otras especies. Tienen conciencia de su pertenencia a un grupo, y probablemente antes conciencia de su propia existencia. ¿Por qué tratan de sobrevivir a las agresiones que acabarían con su vida? Es muy probable que debamos distinguir entre una conciencia automática y otra menos automatizada o inteligente.

Bien, el proceso de la evolución que ha llevado a ese linaje humano podríamos denominarlo natural y de indiscernible transición de una conciencia automática a otra inteligente. Indiscernible forma parte de la categoría de lo objetivable. Se podrá llegar a dilucidar con la neurobiología comparada en qué momento pasamos de una situación a otra. Hay un ejemplo fundamental que nos puede ayudar a entender, además, si la conciencia inteligente es una propiedad pleiotrópica. No necesariamente todo nuevo carácter es adaptativo. La inteligencia puede ser un subproducto de caracteres adaptativos, o ser ella misma adaptativa. El ejemplo es nuestra capacidad para visualizar espacios n-dimensionales. Somos

Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva, Universidad de València, España.
/ andres.moya@uv.es

Última contribución a *Ludus Vitalis*. "Las concepciones internalista y externalista de la evolución biológica", vol. XII, num. 21, 2004, pp. 176-196.

Ludus Vitalis, vol. XIV, num. 26, 2006, pp. 247-250.

seres de tres dimensiones. Hay seres que no distinguen colores, otros que no oyen, pueden existir seres que perciban espacios de dimensiones distintas al nuestro. Pues bien, nosotros pensamos en tres dimensiones. Sabemos que el espacio, el universo, tiene más dimensiones. Bajo la teoría de la relatividad el universo requiere cuatro dimensiones, y el origen del mismo requiere muy probablemente un número mayor.

Supongamos una variante nueva, un individuo limitado a ver el mundo en dos dimensiones. Da lo mismo la fase o estadio del nivel de conciencia antes de la aparición del hombre. Un organismo así tendría, probablemente, mermada su capacidad de evitar un depredador o cazar una presa. El espacio euclideo es tridimensional. Hemos estructurado el mundo según esa categoría 'apriorística'. Recordemos las categorías de Kant. La verdad del concepto es independiente de su contenido empírico. Pero hay poderosos argumentos para pensar que tal categoría obedece a antiguas adaptaciones. Obsérvese que con ello no vamos al relativismo, individualismo, o base psicológica del pensamiento. La homología del carácter en la especie hace que sea común. Hay muy buenas razones para obviar, el menos sobre este ejemplo, el solipsismo.

Es posible que a uno le resulte indiferente saber que no tenemos nada de especial en el proceso evolutivo, y que el toque divino es pura transformación gradual o a saltos hacia propiedades emergentes (para ambas tenemos teoría). El corolario no deja de ser bien sorprendente: a) probablemente no estamos solos ni en vida ni en vida inteligente; b) ciertamente nos produce, cuando menos, perplejidad saber que nuestro linaje nos ha llevado a tener conciencia de nuestro fatal destino: existimos y morimos

ONTOLOGÍA EVOLUTIVA

Ciertamente, la reflexión sobre la vida es esencial a la filosofía; no hay filosofía posible sin referencia al problema de la vida. Por diferentes razones, la filosofía ha caminado y nos ha llevado al terreno del dualismo, donde materia y espíritu son objeto de tratamiento diferencial. Aquellas entidades donde ambos componentes son palpables requieren de un aguzamiento del ingenio para evaluar en qué forma pueden coexistir dos entidades tan esencialmente diferentes sin tener interacción alguna. El problema de la separación se hace especialmente complejo cuando el objeto vivo a tratar es el hombre. Tenemos toda una gama de posibles sobre la composición materia-espíritu en los cuerpos vivos desde, digamos, Descartes. O, mejor dicho, desde Descartes hemos tenido que desarrollar intrincados razonamientos para, primero, delimitar que lo que hay en los animales es sólo *res extensa* y que lo que nos distingue a nosotros es una complicada combinación de ambos, *res cogita* y *res extensa*, pero, como digo,

sin poder asumir que puedan interaccionar de forma alguna. Como seres no mecánicos, la *res extensa* es un pretexto, una apariencia que alberga un alma que nos distingue del resto de lo creado y nos aproxima al Creador.

Pues bien, aunque el dualismo es anterior, el postdualismo y todas las corrientes filosóficas se han ido afincando sobre el fundamento de la separación materia-espíritu. Hubo un momento, como dice Jonás, donde toda la creación estuvo animada, donde la dicotomía materia-espíritu no era tal. Pero la obstinada racionalidad y necesidad de ubicarnos en el universo con características especiales ha llevado, primero, a una separación contumaz, sostenida, sistemática, plena de racionalidad *a posteriori*, porque así debía ser, de lo que nos distingue respecto a todo lo demás, haciendo imposible, por ejemplo, el tratamiento desde la ciencia de nuestra singularidad. Que la ciencia sea materialista no es intrínsecamente un presupuesto de su propia metodología. Existen bases en la historia de la filosofía por la cual determinados saberes se han posicionado en el ámbito de lo material y otras, en cambio, en la de lo espiritual. La ciencia tuvo que ver, en principio, con lo menor, con la comprensión de lo fácil e inteligible, con el automatismo de las cosas físicas y de los seres vivos no humanos. Y el hombre; ese estaba reservado para el ámbito de lo espiritual.

El monismo de los albores de nuestra especie, cuando para entonces todo estaba vivo, volverá con fuerza renovada, porque el dualismo que se erigió con posterioridad será, definitivamente, destronado. Al igual que intuimos una teoría del todo, podemos hablar de una filosofía definitiva a la que denomino "ontología evolucionista". El evolucionismo ha sido la última aportación intelectual humana que, emanada del materialismo de la ciencia, ha venido a emplazarnos al punto de poder decir que materia y espíritu son componentes de variación de lo vivo. Ciertamente que el origen de la vida es un problema filosófico de primera magnitud, pero no hay esencialmente nada espectacular en la transición de lo inorgánico a lo orgánico, excepto el hecho maravilloso de que se hubiera producido. Es más, experimentos similares han podido originarse en otros lugares del universo. Materia y espíritu varían en grado, no hay seres sólo materiales o sólo espirituales, simplemente seres sometidos al decurso interno y externo de la evolución. Algunos hemos desarrollado cualidades espirituales peculiares, las mismas que permiten estas reflexiones, pero no podemos hablar de ausencia de espiritualidad en otros seres.

Cuando lleguemos a una resolución de la explicación de la libertad y la moral humanas, cuando podamos dar cuenta de que la determinación que impone el proceso de interacción de nuestras neuronas y la acumulación de experiencias en nuestra memoria no son incompatibles con la toma de decisiones (libertad no es equivalente a indeterminación, pero la determinación de los componentes no lleva a poder aventurar con certeza cuál será la decisión entre dos opciones) habremos resuelto definitivamente la

dicotomía materia-espíritu; estaremos de nuevo en un monismo de nuevo cuño, dispondremos de una filosofía final explicada por la ciencia que progresivamente, partiendo de supuesto materialistas, ha devenido menos y menos materialista. El espíritu es la interacción de la materia.

EL ESPÍRITU ES LA INTERACCIÓN DE LA MATERIA

Como señala Jonás, el mayor problema interpretativo con el que se enfrenta Whitehead desde su ontología es la explicación coherente de la muerte. Si la diferencia entre lo vivo y lo inanimado es una cuestión de grado, de forma que aquella no es más que un desarrollo intrínseco de la materia en un proceso dinámico que cuadra muy bien con la perspectiva de la ontología que se deriva de la física, la perfección que supone el desarrollo de una instancia nueva del proceso, cual es la vida, tiene un obstáculo insalvable cuando tal perfección se viene abajo por la vuelta a una situación anterior, de menor perfección, representado por la inanimación de la muerte. Pero, por otro lado, tanto Jonás como Whitehead representan dos grandes instancias de la ontología contemporánea, en la medida en que hacen una reflexión completa sobre todo tipo de ser.

La percepción que tengo sobre la metafísica y la ontología actuales, y las obras recientes de los grandes pensadores al respecto del ser, es que estamos encaminados a la resolución definitiva del dualismo cartesiano. Jonás comenta que desde la perspectiva del materialismo científico, el espíritu es tratado nada más que como un epifenómeno. Ciertamente, debería tratar de acotar con mayor precisión su interpretación, aunque en líneas generales se trataría de la afirmación de que es un subproducto de la materia, pero sin mayor precisión en torno a cómo ha podido segregarse a partir de ella. Es, precisamente, la evolución biológica, la historia de la vida y el proceso de complejidad e interactividad de lo orgánico lo que acaba segregando el espíritu. Decía más arriba que el espíritu es la interacción de la materia. Obviamente, es un destilado de un proceso continuo donde vamos progresivamente ganando espíritu. Los elementos que componen el ámbito de lo espiritual constituyen el núcleo de nuestras características, por ejemplo, la inteligencia, la libertad, la decisión moral o la conciencia del yo. Todos ellos constituyen el ámbito de lo espiritual, allá donde la materia no parece agregar nada a su autonomía, excepto la de su propia génesis y, probablemente, su configuración inmediata cada vez que se ejerce un acto de tal tipo, de inteligencia, de decisión moral o de percepción del yo.